

ra ponerme en el lecho. Yo habia pedido al padre, hiciese que el despertador de la comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus ejercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir; y así acabé este dia, el mejor de mi vida, el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga, que los que me quedan que pasar sobre la tierra, se le parezcan, y que acabe bien una vida que hasta ahora ha sido tan mala. A Dios, amigo.

### CARTA XXX.

#### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**Y**o dormia, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué, que estaba entre los brazos de un Dios, que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oracion: y esto

sucedía siempre que iba al coro; pues por mas prisa que me daba, siempre se adelantaban los padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente: la mia fué algo mas sosegada; ya pude tranquilizar mas mi imaginacion, las ideas se me representaban con órden, y cada momento veia con mas claridad el abismo de que me habia sacado la Providencia.

Despues de la oracion se dijeron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia, unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los salmos. Despues muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir misa: mi director me previno que ya no la diria en la capilla, y que desde el coro la podia oír en la iglesia. Así lo hice; y cuando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos emplear mejor el tiempo, y si quereis irémos á vuestro cuarto, y nos ocuparémos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al coro. Yo le respondí que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa entró con Simon. El padre quiso retirarse diciendo, que lo hacia para que hablásemos con libertad: pero le representé, que yo no

tenia ningun secreto para él; y así se quedó. Simon me dijo, que ya todo estaba segun se lo habia prevenido, que mis hijos y criados se habian trasladado á la casa de campo; que estaba ya proveida de todos los muebles y demas cosas necesarias para habitarla; que así era dueño de ir quando quisiera; que mis hijos y demas familia se consolaron mucho con la noticia que les dió de haberme hallado, y con la esperanza de que me verian prontamente; que le habian manifestado mucho interes y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan oscura ausencia; pero que él con arreglo á mis órdenes no les dijo nada, dándoles esperanzas que presto lo sabrian, y encargándoles al mismo tiempo no lo dijese á nadie, porque así convenia.

Que por esta razon no habia visto á ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el objeto de su comision; que sin embargo habia sabido que el extrangero se fué á su país, y que tú te mantenias bueno, haciendo tu servicio en palacio, que estabas ya para concluir. Agradecí á Simon su celo y diligencia, sobre todo la exactitud con que habia guardado mi secreto; y le añadí: Yo hubiera deseado que no hubieras sido tan diligente: me hallo bien aquí, y no quisiera dejar esta casa tan presto.

El padre me respondió, que Simon volvia oportunamente, pues ya cumplido el fin de mi deten-

cion, debia pensar en mis obligaciones particulares, cuales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le repliqué que así era; pero que algunos dias mas que yo pasase en tan santa compañía no podian causar mucho perjuicio á mi casa, y me serian muy útiles para cumplir despues mejor con mis obligaciones; pues el dia anterior en que fuí testigo y compañero de aquellos angelicales varones, me edificó sobremanera, excitando en mi corazon vivos deseos de imitarlos, y que algunos dias mas me serian muy útiles para fortificarme en estas disposiciones.

El padre me dijo, que yo era dueño de hacer lo que quisiera, y convenimos en que permaneceria hasta el otro domingo; con lo que sentí un consuelo inexplicable, pues podia habitar una semana mas en esta casa de Dios. Volví á llamar á Simon; y habiéndole explicado mi resolucion, le mandé se volviese á mi casa de campo, para asegurar á mis hijos, que aquel dia me verian, y le encargué que él mismo volviese para conducirme.

Esta conversacion duró hasta que la campana volvió á sonar: di orden á Simon de que se fuera, y yo volví otra vez al coro con el padre. Aquí debo advertirte, Teodoro, para evitar repeticiones, que pasé esta feliz semana la mas dichosa y la mas dulce de mi vida, acompañando á esta bendita comunidad en todos sus ejercicios diarios;

sin mas diferencia, que cuando los padres iban á la biblioteca á sus conferencias de moral, mi director venia conmigo á mi estancia, donde su santo celo se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones, y en darme reglas para la vida cristiana que me proponia hacer. Aunque estas conversaciones fueron varias, yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo, ó á lo ménos lo que hizo mas impresion en mi memoria; porque debo añadirte, que como tenia ocupado todo el dia, no me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel dia me dijo el padre: Dios, señor, os ha hecho una gracia muy grande, muy rara, y debéis reconocer que poco merecida; pero es necesario guardarla con el mayor esmero. La gracia de Dios es el único, el soberano de los dones; pero la llevamos en un vaso frágil, y no hay afan ni cuidado que baste para no aventurarle. Vos conocéis su importancia, vos me pareceis determinado á conservarle á toda costa: sabéis que este bien que se os ha dado tan gratuitamente, os impone grandes obligaciones; no perdais pues de vista los medios necesarios para sostener el santo y augusto carácter en que la bondad de Dios os ha restablecido.

Para esto os basta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el Evangelio. Todas las instrucciones que los confesores dan, no os harán adelantar un paso en el camino de la virtud

si perdéis este gusto de Dios, este amor santo del recogimiento, y esta delicadeza de conciencia que nos hacen aprovechar con ardor cuantas ocasiones se nos presentan de meditar los años eternos, y renovar nuestro corazon en el seno de nuestro Dios. Solo este atractivo divino, esta inclinacion filial, que siente nuestra alma para cuanto nos recuerda la presencia de nuestro Libertador y nuestro Padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud, y sellar la firmeza de nuestra adopcion para la gloria de Dios.

¿Sabéis, señor, por qué tantos hombres débiles despues de haber dado algunos pasos vigorosos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abismo? ¿Y sabéis cuál es la causa de su desgracia, que suele conducirlos á la eterna? No es la determinacion súbita y expresa de su voluntad, que se ha mudado de repente; es la relajacion insensible y progresiva del cuidado y atencion que ponian en recogerse á adorar y orar, como se tiene de ordinario al principio, cuando se siente la dicha de haber recobrado la virtud. Vivid pues, señor, con la atencion mas vigilante; y si alguna vez sentis que renace en vuestra alma la necesidad de esparciros y correr tras de diversiones frívolas, volved sobre vos mismo, deteneos, y consideraos como un hombre cuya imprudencia, le ha vuelto á poner en el borde del precipicio, de que habia salido con tanta alegría.

No digo por esto que sea un crimen distraerse, ó divertirse en las inocentes ocupaciones de la vida; pero digo que es muy mala disposicion, y corre mucho peligro el corazon á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Empieza á descaecer aquel, que cuando los concede á la flaqueza humana, ó á la debilidad y necesidad de su estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres mas sólidos y puros en el silencio de la vida doméstica, ó en la soledad de su corazon: porque entónces toda la fuerza interior se destruye en degradaciones insensibles; el alma vuelve á anudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atada á los objetos sensibles; el corazon se seca, el espíritu vuelve á perderse en sus fútiles pensamientos.

Aquella inmensa Magestad que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza á medida que las ilusiones vanas se apoderan nuevamente de nuestra alma. En breve las serias y austeras verdades de la fe se alejan, se esconden y se desaparecen. Si alguna vez se nos presentan, es á gran distancia, y como si fueran extranjeras; entónces los sentidos, libres del freno que los contenía, no necesitan ya mas que de su propio impulso para desviarse, para hacernos perder en un instante el fruto de nuestros largos gemidos, y su-

mergirnos de nuevo en una miseria mas deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa mas cierta, que el recogimiento interior, ó sea el cuidado del propio corazon, es la primera basa de las virtudes, el mas importante esfuerzo del cristiano, y la única prueba segura de la verdad y solidez de nuestra conversion. Siempre me ha causado extrañeza ver, que hombres llenos de luces y de religion hablen de la vida interior como de un grado de perfeccion que no obliga á todos. Me parece que esto es trastornar el edificio de la fe, y decir que es el último punto de altura á que puede llegar lo que es su cimiento necesario.

Por esto dijo Jesucristo (1), que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos; y por eso la calma de los sentidos, y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí, son esencialmente los preceptos elementares de la vida evangélica, y la substancia de las obligaciones del cristiano. Jesucristo nos arma contra todo lo que nos saca de nosotros mismos, para que buscando el reino de los cielos por medio de las virtudes, logremos la mas alta y mas gloriosa empresa que jamas ha podido proponerse á los hombres, y en esto no hace otra cosa que prescribirnos la precaucion que cada hombre toma naturalmente en los negocios mas ordinarios de la vida.

(1) Luc. xvii. 21.

Es tan cierto, señor, que este cuidado de huir del tumulto, y concentrarse en su interior, es el primero y el mas natural movimiento del corazón, cuando se convierte á su Dios, que vos mismo podeis ser testigo de esta verdad. ¿No es cierto que desde el momento en que vuestro corazón se hizo el trono de la gloria divina, vos os habeis sumergido en él, como en el único asilo que podía presentaros sólidos consuelos? ¿No es verdad que habeis sentido, que una luz extraordinaria brillaba en medio de vuestra alma, y que os habeis encerrado con ella, sin que fuera menester que nadie os advirtiese de lo que debiais adorar? Y qué, ¿vos mismo fuisteis á buscarlo dentro de vos mismo, donde ántes no lo podiais hallar? Yo confesé al padre la exactitud de su observación, y continuó.

Es imposible, señor, que por mas sincera que haya sido la conversión, por mas eficaz que sea la disposición del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la pureza de la vida, si no se ayuda con los remedios cristianos, sobre todo con la oración y vigilancia. Muchos convertidos piensan que les basta mudar de costumbres, y se contentan con la resolución de no volver á pecar. Sin duda que esta es la primera disposición; pero no reflexionan que para no volver á pecar no basta la simple resolución, y que es menester reforzar la propia flaqueza con los medios que la Religión

nos enseña. El que no los practique, tendrá contra sí todos los enemigos conjurados: el mundo con todos sus errores é ilusiones, el demonio con todas sus sugestiones y sus artes, la carne con todos sus atractivos y placeres, y su propio corazón con toda su corrupción y su flaqueza. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es menester todo nuestro esfuerzo ayudado de la divina gracia; pero esta gracia no se da de ordinario sino al que por su parte tambien se esfuerza, se desvela, y la pide.

Se puede asegurar, que por mas resuelto que esté á mejorar su vida el convertido, si no se emplea en la oración, la vigilancia, la buena lectura los buenos ejemplos y los sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver á peores y mas funestas relajaciones. Si vos, pues, no quereis recaer en tan fatal desgracia, usad continuamente de todos estos devotos ejercicios. Dos grandes objetos deben ocupar vuestra atención. El primero, lo que debéis á Dios, y este le cumpliréis con los actos de nuestra religión, y la obediencia de su ley. El segundo, lo que debéis al prójimo; y esto se ejecuta cumpliendo con las obligaciones del estado, y con las obras de misericordia.

Pero para observar uno y otro es indispensable reglar en cuanto se pueda, toda la extensión del tiempo, dando á cada dia con regla y método lo que cabe en él con proporcion á nuestras

obligaciones respectivas. Debeis pues reglar el vuestro dando á Dios todo lo que podais, sin embarazo de lo que vuestro estado exige, y siempre mirando á Dios en todas vuestras acciones, aun en vuestras recreaciones inocentes. El tiempo así empleado nos conduce á la eternidad, libra de tentaciones, afirma en la virtud, y nos facilita los socorros del cielo.

Empezad pues por ofrecer á Dios las primicias del dia, y emplead la primera hora en adorarle y meditar su santa ley. No busqueis ni me pregunteis jamas el método que se debe observar en este ejercicio tan glorioso como consolador. No os sujetéis jamas á formas que no harian mas que cautivaros y turbaros en una accion propia del corazon y de los afectos. No hay reglas para amar, y todo debe ser amor. Todo es bueno, grande, heroico y divino cuando procede de una alma que no busca mas que á su Dios, y que solo arde en deseos de unirse con él íntimamente.

El que ama, adora, invoca, agradece, cree, espera, se arrepiente y hace cuanto debe hacer. El avaro está inmóvil en su tesoro; no habla, pero le mira y goza. Dios es el vuestro, señor; y si vuestro corazon se halla bien cuando se lo dice, repetídselo millares de veces: dejad que se abandone al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento. Cuando no le dijérais otra cosa, y que pasáis toda vuestra vida en penetraros de este único

pensamiento, no la pudiérais ocupar en mas perfecto y sublime ejercicio. Id á Dios en derecha, y buscad su bondad amorosa, como el niño busca la presencia del padre que ama, y de quien necesita. El niño no se inquieta por saber cómo se presentará al autor de sus dias: no estudia lo que dirá á su padre; su ternura le basta, su amor le inspira el modo de explicar lo que siente, y de pedir lo que desea.

Esta oracion de la mañana no debe ser mas que el principio de la de todo el dia; porque todo el dia debe ser una oracion continua. No olvideis jamas que en cualquier parte que esteis, Dios os esta viendo. Acostumbraos á no perder de vista esta imagen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del cristiano para elevarle á las mas sublimes virtudes, y el mas poderoso correctivo para fortalecerle contra las tentaciones. Que todo lo que hagais, hasta el comer y dormir, sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así, y porque son los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas, y volver al ejercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo, y en medio de cualquier ocupacion vuestro corazon se levante á Dios que le mira; que le adore, y le pida su socorro. Para que la oracion sea eficaz no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el Profeta (1): „Mis ojos estarán siempre delante del Se-

(1) Psalm. xxiv. 15.

„ñor, porque él solo puede librarne de los riesgos en que estoy.” Este es el modelo de la buena oracion cuando el alma dirige constantemente al Señor la atencion de su espíritu, y los afectos de su corazon, y cuando se presenta á su Dios como un infeliz rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial proteccion.

La oracion de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque es corta, sino porque es superficial, porque no es humilde, ó porque no es confiada. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo su corazon, como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor le libraría. Si quereis pues que vuestra oracion llegue hasta el cielo, y no vuelva vacia, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiada. Así pidió el publicano del Evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo, y de los enemigos que os rodean; los mas peligrosos son nuestras pasiones: pedid pues socorro contra ellas.

Esta especie de oracion es tan necesaria al justo como al pecador; porque el primero á pesar de su justicia, sufre en sí mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de concupiscencia que le combaten, y malas inclinaciones que le afligen: el pecador está en un estado tan deplorable que cada dia se agravan sus cadenas, se des-

ordenan mas sus pasiones, y su conducta se endurece. ¡Situacion espantosa! ¡Dichoso si alguno lo conoce y se humilla!

Buscad al Señor. Esta palabra contiene grandes sentidos, y pocos conocen su extension. Buscad al Señor, decia Isaias (1), ahora que se le puede hallar. Todos deben buscarle, y mas los pecadores, que por una dispensacion de la gracia han salido de tan fatal estado, y se sienten movidos á renovarse, sirviendo á Dios, dándose á la oracion, huyendo del mundo, y entregándose al amor divino. Si no siguen con fervor esta voz interior que los llama, corren mucho peligro, y deben temer que de la tibieza caeran en el pecado, y del pecado en la reprobacion.

Buscadle pues, y esperadle tambien. Si á pesar de vuestros esfuerzos no sentis la uncion de la gracia, no hay que abatirse ni desesperarse: paciencia, constancia, humildad, y el Señor vendrá. Es fiel, y no engaña jamas. Es inexplicable la confianza de los santos en el Señor. Nada desean, nada temen ni esperan del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Buscadle pues, señor: esperad en su benigna providencia; y penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que teneis de unir y encadenar vuestra flaqueza con esta gran-

(1) Cap. lv. 6.

de fuerza, en quien reside el principio de cuanto existe, buscadle con una vigilancia impenetrable en alejar de vos lo que puede debilitar la impresion de las verdades eternas: y buscadle con una atencion continua á este pensamiento tan poco meditado como poco sentido, que el seno de Dios es tan necesario á la vida espiritual de nuestras almas, como el de los rios á quanto vive en ellos.

Despues de lo que debeis á Dios y á la Religion, nada sea para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debeis á vuestro estado, y al lugar que ocupais en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa que cumplir con las obligaciones de su estado; y la exactitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posicion social, es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turba el orden puede servir á la virtud, y nadie puede glorificar á Dios con obras, que aunque buenas en sí mismas, se han hecho á costa de un tiempo que se debia á otro.

¡Dichoso, señor, mil veces dichoso el hombre que ama el estado en que vive! ¡De cuántas penas, disgustos y fastidios le libra esta disposicion preciosa! Pero solo la Religion puede darla, porque sola ella da un precio infinito al cabal des-

empeño de las propias obligaciones, y por consiguiente ella sola puede inspirar que aunque sean penosas, se cumplan con amor y con gusto. El buen cristiano se tiene por feliz quando se oculta en el recinto de los encargos que la divina Providencia le ha señalado, porque sabe que allí solo es donde puede hallar los tesoros verdaderos; porque sabe que aunque se aplique á las mas bajas y humildes ocupaciones, es mas grande á los ojos de Dios en su obscuridad, que si se ocupara en el brillante afan de gobernar la tierra; porque sabe que está donde Dios quiere que este, que hace lo que Dios quiere que haga, por consiguiente que está en la mas noble y honrosa situacion en que puede verse una criatura; y porque sabe en fin, que en ese rincon obscuro donde Dios le tiene, vive para aquel á quien el poder y la gracia pertenecen en el cielo y la tierra, y que cada instante de su duracion le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debeis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos, y que para asegurar su salvacion no es menester recurrir á prácticas difíciles, ni hacerse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La Religion nos encuentra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado. No nos prescribe sino lo que naturalmente debiéramos hacer todos los dias. Lo que únicamente pretende es elevar